

El nuevo gobernador de los Países Bajos, hijo de Octavio Farnesio, príncipe de Parma, y de Margarita de Parma, hermana de Felipe de España, era muy superior á sus antecesores por sus prendas de carácter y demás circunstancias. Pronto demostró que era el general más inteligente de su tiempo y el primer hombre de Estado de su época. Por lo demás, sus ideas eran las mismas que las de Felipe, y mientras permaneció en los Países Bajos, desde Octubre de 1578 hasta Diciembre de 1592, sirvió los deseos del rey de España con fidelidad, puntualmente y con poco escrúpulo. Cerca de seis años sobrevivió el rey al de Parma. Á pesar de la delicada complexión de Felipe, la vida metódica que hizo siempre y no dejándose dominar de las pasiones, le permitió llegar á viejo y exceder en edad á casi todos los que tomaron parte en la prolongada lucha de Flandes.

Alejandro era religioso; pero carecía en absoluto de sentido moral. No tenía la intolerancia del duque de Alba, porque ante todo era político; y sabía que la severidad imprudente, lo mismo perjudicaba al rey, induciéndole á error, que al Estado, arruinándolo. Por lo demás, engañaba, mentía y asesinaba tranquilamente; y decía y juraba que no había hecho aquello

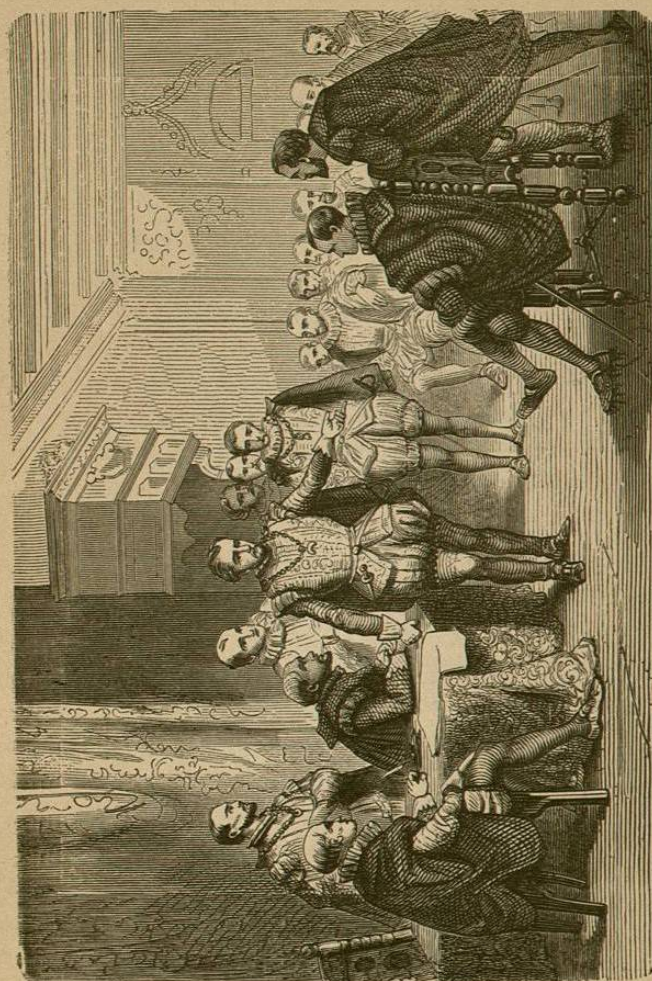
mismo que acababa de realizar. Los hombres que se creen con derecho á la vida, haciendas, y aun á las conciencias de sus vasallos, como llaman á éstos, rara vez son tocados de la escrupulosidad. Si tienen genio militar ó dotes políticas, serán siempre, aquéllos en la guerra, y éstos en la paz, los mayores enemigos de la especie humana. Se deberá añadir, no obstante, para completar el retrato de Farnesio, que no fué nunca interesado, que se empobreció prodigando su caudal en sobornar á otros, sin guardar para sí la menor cosa; y que su sobriedad y llaneza de costumbres eran tan extremadas, como su abnegación y valor en arrostrar la vida para el mejor servicio de la majestad de Felipe. Juzgaba con superior criterio á los hombres, y al poco tiempo de residir en Flandes, hubo de conocer los bajos móviles de los nobles holandeses y el acendrado patriotismo de los partidarios de Orange. Nunca incurrieron éstos en error más grave que creer en el arrepentimiento de aquéllos, y pensar en la unión de todos para combatir al enemigo común. El duque de Alba había completado su obra, y no era empresa imposible destruirla. Todo dependerá de la fortuna ó de la adversidad de los sucesos.

Felizmente para el de Parma había quien aspiraba á ser soberano de los Países Bajos, y era éste el duque de Anjou, de la casa de Valois. El de Orange favorecía sus pretensiones; tal vez, porque conocedor de la enemiga de Felipe á Francia y de Catalina de Médicis á su yerno, podía esperar el apoyo de aquella nación en favor de los Países Bajos. Era una contrariedad para Alejandro Farnesio tener que luchar en las ciudades con una facción de los *Descontentos*, partido que formaron los nobles, alentados de la codicia, y que traía inquietas y perturba-

das las provincias. Vino á echar leña al fuego de las discordias, aunque por poco tiempo, otro candidato al gobierno de Flandes: Juan Casimiro, de Polonia. Si tantas divisiones y parcialidades llevaban consigo la discordia y separaban á los ciudadanos en opuestos bandos, juzgábalas providenciales el de Parma, porque así podía sobornar con facilidad y vencer en poco tiempo. Consecuencia de esto fueron las adquisiciones que hizo en las provincias de Artois, Haimault, Lille, Douay y Orchies, las cuales logró unir á España de una manera permanente.

Entretanto, y guardando en las apariencias fidelidad al rey de España, quedó aceptada por los patriotas, á 29 de Enero de 1579, la *Unión de Utrecht*, que vino á ser, virtualmente, la constitución de la *República holandesa*. En extensión territorial era entonces más grande que lo fué en tiempos posteriores, y aun aspiraba el de Orange atraerse á los habitantes de toda la costa neerlandesa. El sitio y toma de Maestricht constituyó el suceso principal de aquel año. Los Holandeses, sin embargo de sus heroicos sacrificios, no pudieron salvar la plaza de su ruina. Mechlin cayó más tarde, vendida también por su gobernador, llamado De Bours, quien se reconcilió con la Iglesia romana, no bien hubo cobrado el precio de su felonía. En Marzo del año 1580, un hecho parecido puso en manos de los Españoles á Groninga, capital de la Frisia, pues su gobernador el conde Renneberg, engañó miserablemente y asesinó al burgomaestre, abriendo después las puertas á los de

1 «Y cierto, dice Cabrera, que mereció bien el castigo, y que la crueldad que usaron con ella los vencedores, fué digna de su maldad y conveniente para amedrentar las provincias...» O. c., lib. XII, capítulo XXVII, p. 588.



APERTURA DE LA «UNIÓN» POR GUILLERMO DE ORANGE.

Farnesio. En aquella época y durante la guerra, sólo fueron honrados los plebeyos; los nobles, con muy contadas excepciones, se hallaban corrompidos, cuando no deshonraban con sus crímenes la causa que servían.

Aquel año, Felipe se hizo dueño del reino de Portugal. No solamente Felipe tenía bajo su cetro toda la península ibérica, sino el formidable imperio de las Indias Orientales, que, en virtud de la famosa línea de demarcación, adjudicó Alejandro VI, hacia cerca de un siglo, á los monarcas portugueses. El suceso era de importancia; porque la guerra de los Países Bajos con España, había sido la causa del desarrollo que adquirió el comercio de aquel pueblo en la India, y del incremento del poder holandés en las Molucas. De ambas cosas, y de la firmeza con que mantuvieron sus derechos los Neerlandeses, se tratará más adelante.

En el mes de Junio del mismo año de 1580, se publicó el edicto de Felipe, redactado por Granvela, declarando traidor al de Orange y poniendo precio (25.000 coronas de oro) á su cabeza. El rey de España, que le halagó en un principio, quiso luego sobornarlo con grandes ofrecimientos, y cuando se convenció de la inutilidad de sus promesas, buscó un miserable asesino. Y lo halló al cabo. Guillermo apeló del edicto ante el mundo civilizado; pero como en aquel tiempo pasaba como doctrina corriente el asesinato político, se encogieron de hombros los príncipes y grandes. ¿No se conspiró del mismo modo contra la reina Isabel? ¿No ser por la astucia de Walsingham, los conjurados ¿no hubiesen logrado su propósito? Pero, cuando Guillermo envió su «Apología» á todos los potentados de Europa, esta-

ba seguro de la simpatía que le profesaban los Estados holandeses, á la sazón reunidos en Delft ¹.

Al comenzar el año 1581, Renneberg, el traidor, puso cerco á Steenwyk, la fortaleza principal de Drenthe. El partido de los descontentos, importante y de gran autoridad en la población, contribuía á la destrucción y carnicería dentro de Steenwyk. «¿Qué comerán los ciudadanos?» y el comandante de la plaza respondió: «primero faltará á todo el mundo que á vosotros; pues yo os aseguro que no hemos de perecer de hambre.» En Febrero, Juan Norris, general de Inglaterra, uno de los jóvenes mimados por la fortuna de Isabel, entusiasmó el ánimo de los sitiados. Renneberg levantó entonces el sitio, siendo derrotado por el mismo Norris, muriendo aquél lleno de remordimientos algunos días después.

El suceso más importante de 1581 fué la declaración de la *Independencia Holandesa*, publicada solemnemente en la Haya, el 26 de Julio. El príncipe de Orange hubo de aceptar, aunque á disgusto suyo, la soberanía de Holanda y Zelanda; ó mejor dicho, la de las siete provincias no dominadas por los Españoles. Los Países Bajos se hallaban divididos á la sazón en tres partes: al Sur, las provincias waloñas, sujetas y reconciliadas con Felipe II; las del centro, sometidas á la casi nominal soberanía del duque de Anjou, y las del Norte bajo el gobierno de Guillermo de Orange. Deseaba éste que la dominación del de Anjou se hiciese extensiva á toda la Ho-

¹ Al edicto de proscripción, publicado en Agosto de 1580, contestó Orange: «Si los españoles tienen por nobles á esos hombres, y si ese es el camino del honor en Castilla, bien se conoce que fueron sus ascendientes judíos y moros; han heredado esta virtud de sus antepasados que vendieron á Jesús.»

landa; pero se negaron á ella los Estados, los cuales sólo querían á Guillermo, *Padre Guillermo*, como ellos cariñosamente le llamaban.

Desde aquel momento se suprimió en los documentos públicos el nombre de Felipe, cuya autoridad era ya más nominal que efectiva; se rompieron los sellos reales, y el de Orange comenzó á gobernar en su propio nombre. Dióse el nombre de «Acta de Abjuración» al documento donde constaba la independencia de los Holandeses. Parece inverosímil, si se juzga con el criterio de los tiempos modernos, que los Holandeses no consignaran en un documento público, aquello que, durante una generación, venían practicando; pero pensando con detenimiento, tal conducta muestra la razón severa y fría de aquel pueblo, y la firme perseverancia del propósito. La historia, en cuyas páginas se contiene la relación de los hechos de la humanidad, consigna, que la República holandesa ha sido la precursora de todas las naciones de la tierra en la proclamación de los derechos y deberes respectivos entre los pueblos y monarcas. Los hombres se han rebelado muchas veces contra la tiranía y los malos gobiernos; pero algunas veces ha sido para caer en más triste vasallaje y servidumbre. Á los Holandeses corresponde la gloria de ser los primeros que fundaron la razón de sus actos en elevados principios de justicia; en afirmar que las instituciones humanas y la fidelidad de los súbditos á los gobiernos constituidos, debían tener su base en la conveniencia; en demostrar que los hombres no son patrimonio de los príncipes, y que sus riquezas é industrias, lo mismo que la integridad de sus conciencias, les pertenecen única y exclusivamente; y en declarar que existe y debe existir un

pacto entre soberanos y pueblos, aunque para obtenerlo, no se haya discutido, ni escrito, ni aun luchado por él. Como todo en la sucesión de los acontecimientos históricos se encadena de tal suerte, que, para encontrar la causa de lo presente se hace necesario buscarla en lo pasado, los albores de la libertad holandesa son el producto del feudalismo; el cual, aunque máquina de opresión y tiranía, preparó á los habitantes de los Países Bajos para deslindar los derechos y deberes de príncipes y pueblos. Acaso, atendiendo á este natural encadenamiento de los hechos, cuando preguntaron á un historiador inglés, en qué momento, en su sentir, comenzaba la historia moderna, hubo de contestar: «En los tiempos de Abraham».

Las doctrinas de los Holandeses cayeron luego en el olvido, exhumándose en los tiempos modernos por los anticuarios constitucionales. Prevalcieron, sin embargo, las doctrinas contrarias, enseñadas por venales legistas y ambiciosos sacerdotes; y mientras el clero predicaba la obediencia pasiva, el rey amparaba con su espada las creencias religiosas, como si ambos, sacerdote y rey hubiesen pactado protección mutua. Todo el siglo xvii lo pasó el clero inglés, ponderando, desde diez mil púlpitos, las excelencias de los deberes del pueblo para con sus reyes. Cien años después de la declaración de la independencia holandesa, el escéptico Hobbes propagó la doctrina de que los súbditos debían aceptar el credo que le diesen los reyes.

No es fácil empresa apreciar en todo su valor el Acta de Abjuración. Deberá consignarse, que, cuando parecía que las libertades públicas estaban perdidas y olvidadas, y triunfante el despotismo, revis-

tiendo carácter religioso, los Holandeses echaron los cimientos de su reforma política é iniciaron á los Ingleses en la lucha parlamentaria y en la resistencia á la monarquía, debiéndose á ellos, la idea generadora de la independencia americana, de lo mejor y más granado de la revolución francesa, y del espíritu, que lenta, pero seguramente, se ha ido cumpliendo en todos los pueblos, inspirándoles amor, esperanza y fe en la libertad.

XIII

ÚLTIMOS AÑOS DE GUILLERMO EL TACITURNO

Era indudable para la República holandesa, que el príncipe de Orange rehusaba la soberanía, que las Provincias Unidas querían concederle. De su aceptación dependía que la República, exceptuando las provincias walonas, hubiese comprendido todos los Países Bajos; ó lo que es lo mismo, toda la costa desde la desembocadura del Ems hasta Dunkerke. Guillermo hubiera reprimido las violencias democráticas de Gante, las intrigas de los nobles flamencos, y la reacción católica de Bélgica. Con mejor fortuna que lo hizo el de Parma, el de Orange podía extender por tierra la gloria de su país, del mismo modo que por mar. También es cierto que la negativa de Guillermo se debió en parte al deseo de que no pudiera creerse, que designios de ambición personal informaban su resistencia al rey de España. Mucho influyó, asimismo en su conducta, el profundo convencimiento que siempre tuvo, mientras duró la guerra, de que nada definitivo lograrían sus partidarios contra las armas del tirano Felipe, sin el auxilio de Francia ó de Inglaterra, ó de ambas unidas. Ni él, ni ninguno de los suyos, sospecharon jamás la importancia de los recursos propios de la joven república. Por esta razón se entablaron negociaciones con